

LA NECESIDAD DEL NUEVO NACIMIENTO

T. Austin-Sparks

Leer 1 Corintios 15:45,47; 2 Corintios 5:17 y Juan 3:3, 5-7

Quiero compartir con usted una palabra sencilla, una palabra que muchos pueden pensar que es muy elemental; y será así intencionalmente. Es posible que no encontremos en las Escrituras otra porción más elemental, comprensiva y profunda que ésta, “...*Os es necesario nacer de nuevo*” (Juan 3:7). Quiero enfatizar lo que creo el Señor Jesús enfatizó en esta declaración: “*es necesario*”; “...*Os es necesario nacer de nuevo*”.

Habrás notado que dicha declaración es la respuesta a una pregunta que no se formuló. Hasta donde se ve por la lectura, no hubo interrogación, no se le preguntó nada al Señor, todo lo que Nicodemo dijo fue: “...*sabemos que has venido de Dios como maestro*” (Juan 3:2). Nicodemo hizo una observación de Él, hizo una observación acerca de Su enseñanza y Su obra; y Jesús, casi bruscamente, como levantando Sus manos dijo: “Eso es cierto, Nicodemo, ¡pero eso no nos llevará muy lejos!” Es como si hubiera dicho: “Nicodemo, sé que estás interesado en estas cosas, estás interesado en los asuntos religiosos, en la enseñanza y en las buenas obras; pero eso no te llevará a ningún lugar. Si has venido a Mí para que yo te diga algo para educarte o ayudarte, si has venido a hacer preguntas para conocer cosas de Mí, no vamos a llegar a ningún lugar hasta que estemos en un terreno común. El primer hombre es de la tierra, terrenal; el segundo es del cielo. Nicodemo, Yo vengo del cielo y tú perteneces a la primera categoría, por eso tú y Yo estamos en dos ámbitos totalmente diferentes y entre los cuales no hay puente alguno. Es inútil tratar de hablar de un lado al otro, con ese enorme abismo entre ambos mundos, entre la antigua y nueva Creación, entre lo terrenal y lo celestial. Así no llegaremos a ningún lugar. Si vamos a llegar a algún lugar, tendrás que venir al lugar donde Yo estoy, tendrás que convertirte en otro tipo de hombre, tendrás que nacer de nuevo”.

Esto es algo real, pero muy a menudo pasado por alto. Nunca llegaremos a ningún lugar con el Señor Jesús y las cosas de Dios; nunca entenderemos, apreciaremos o disfrutaremos las cosas del Señor, si algo no ocurre en nosotros antes. No llegaremos a ningún lugar a menos que algo nos haya sucedido, y ese algo, es lo que el Señor Jesús llama “nacer de nuevo”. Ahora,

profundicemos en esto con los pasajes de la Palabra de Dios arriba mencionados.

En el primer pasaje (1 Corintios 15:45,47) se nos presentaron dos hombres. Ambos están bajo el nombre de Adán: “*el primer hombre Adán...*”; el otro, “*el postrer Adán...*”, no el segundo, el postrer. Es muy importante no equivocarse aquí. Si hubiera un segundo, podría haber un tercero y hasta un cuarto, pero en el Señor Jesucristo todo fue traído a su fin; no hay otro. ¡Todo finalizó en Él! Dios no tiene un tercero, cuarto o quinto Adán, Él sólo tiene un primer y último Adán; sólo tiene dos razas.

Esta Escritura deja perfectamente claro que todo lo nacido en este mundo está, por naturaleza, en el primer Adán. El primer nacimiento es en el primer Adán y nosotros pertenecemos a su raza; todos nosotros nacemos en él. El primer Adán fue creado por Dios, como ya lo sabemos, y cuando él salió de la mano de Dios era bueno en gran manera; Dios estaba muy satisfecho, no había nada malo en él. Pero después fue manchado, estropeado y arruinado por el pecado y rechazado por Dios; ya no complacía o satisfacía a Dios. El primer Adán fue dejado de lado; fue juzgado pecador por naturaleza y muerto para Dios. Como el apóstol lo pone: “*muertos en vuestros delitos y pecados*” (Efesios 2:1).

Es necesario que nosotros reconozcamos esto, que en Adán todos compartimos el pecado de Adán, el juicio de Adán y el rechazo de Adán. Aquí es donde la mayoría de las personas cometen muchos errores, errores capitales. Ellas no han comprendido del todo a Dios en lo que respecta al rechazo de Adán.

Adán, el primer Adán y su género al cual pertenecemos todos por naturaleza, no es objeto de la piedad de Dios. Él no nos mira en nuestros pecados, pecaminosidad y rechazo, y apiadándose de nosotros se compadece, nos levanta y arregla para restaurarnos a Su favor. No; todo lo que la Palabra de Dios parece decir en este sentido no significa tal cosa. Sí, es cierto que “*...de tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en él cree, no se pierda, mas tenga vida eterna*” (Juan 3:16). Usted podría preguntar: “¿No contradice este versículo lo que usted acaba de decir?” “No, de ninguna manera”; sería mi respuesta. Sí, es cierto que Dios ama, pero Él no ama esa primera creación; Dios no ama esa antigua raza adámica. Es algo para lo cual Él no tiene piedad, pero..., sin embargo..., aun así, Él nos mira con amor al desear sacarnos de ahí, al desear que dejemos eso

atrás. No que seamos arreglados, no que seamos remendados, sino hechos una nueva creación en Cristo Jesús.

Nunca ha habido un momento en nuestra historia, independientemente de cuánto tiempo hace que somos hijos del Señor, en el cual Él haya amado nuestra creación adámica, haya tenido piedad de ella y se haya propuesto hacer algo para repararla. ¡Nunca! Ésta siempre permaneció rechazada por Dios y condenada al fin. Ese es el lugar en que estamos en Adán, todos estamos ahí, como ya hemos dicho, por naturaleza.

¿Qué hace Dios? Introduce un nuevo Adán, un nuevo hombre; introduce a Su Hijo, pero no de la misma manera que el anterior. El nuevo hombre viene del cielo; no es de la tierra, terrenal, es del cielo. No es hecho en el tiempo, es sin tiempo; es eterno. Puesto que es eterno, no está sujeto a muerte, es inmortal, y aunque experimentó la muerte, la conquistaría, pues no era posible que fuera retenido por ella. ¡Él es inmortal!

Este es el nuevo Adán, el Señor Jesús. Es muy importante entender este primer punto: de dónde viene el nuevo Adán. En Juan 1:51 tenemos las siguientes palabras: *“De cierto, de cierto os digo: De aquí adelante veréis el cielo abierto, y a los ángeles de Dios que suben y descienden sobre el Hijo del Hombre”*. Los cielos abiertos; los ángeles de Dios subiendo y descendiendo sobre el Hijo del Hombre. Esto claramente implica dos cosas: Primera, que el Hijo del Hombre, el Señor Jesús, pertenece al cielo. El cielo es Su lugar y es Su hogar; viene del cielo y al cielo va. El postrer Adán es del cielo. Segunda, que el cielo está abierto. Notemos lo que dice la Palabra de Dios: *“De aquí adelante veréis el cielo abierto”*. El Señor Jesús estaba apuntando a un tiempo no muy adelante, al momento en que dijo estas palabras. Cuando las pronunció, esto no era cierto; los cielos no estaban abiertos, aún estaban cerrados.

Cuando el primer Adán pecó los cielos fueron cerrados, a partir de ese momento permanecieron así para todo su género. Tan cierto es que el Paraíso fue cerrado para Adán y un querubín con una espada encendida fue colocado para guardar el camino y evitar que regresara, como que fue removido de la tierra para llegar a ser parte del cielo y permanecer cerrado para el género adámico hasta el momento en que Jesús viniera; así ningún miembro de la raza de Adán podría entrar a él.

Eso es lo que el Señor le estaba diciendo a Nicodemo: “Tú estás interesado en las cosas celestiales, pero interesarte en las cosas celestiales no te llevará a ningún lugar. El asunto es entrar al cielo; de lo que se trata es que el cielo sea tu hogar, que pertenezcas a él; que tengas el derecho al cielo y que todo lo que el cielo es y tiene sea tuyo porque naciste ahí, porque tu nombre está registrado en el libro de la vida del Cordero y eres ciudadano. ¡Esto es lo que importa! Que te interesen las cosas celestiales para hablar de ellas, discutir acerca de ellas, cantar sobre ellas y tener información de ellas no importa, sino que pertenezcas a ese lugar. Ahora bien, Nicodemo, Yo nací ahí, pertenezco a ese lugar, y ningún miembro de la raza adámica entrará jamás ahí a menos que nazca de arriba”.

El Señor Jesús en sus palabras de Juan 1:51 a las que ya nos hemos referido, apuntaba al día, no muy lejano, cuando trataría el pecado de Adán y tomaría el estado adámico en Su propio cuerpo, y en el árbol lo llevaría a juicio. Luego, resucitando de los muertos se convertiría en el primer hombre de esta nueva raza, en este postrer Adán. Después ¿qué le sucedió a Él? Bueno, que después de Su resurrección, un día cuando ellos estaban reunidos, lo vieron subir repentinamente; la manera como se describe dice que Él “...*fue recibido arriba*” en el cielo (Hechos 1:22). Si nos fijamos bien, así es como está puesto con frecuencia. No dice que Él se fue arriba al cielo; dice que Él “...*fue recibido arriba*”. Vemos, entonces, que Él tiene un derecho de paso, todo está abierto para Él. Él es recibido, ha regresado a Su propio lugar. Él es el postrer Adán y el primer hombre de la nueva raza, y “...*veréis el cielo abierto, y a los ángeles de Dios que suben y descienden sobre el Hijo del Hombre*”; es decir, habrá un camino para nosotros. Habrá comunicación, el cielo será abierto.

Ese cielo que estuvo cerrado para toda la raza de Adán, y por consiguiente, para cada uno de nosotros como miembros de dicha raza, está abierto ahora en el Señor Jesús. ¡En Cristo, una nueva creación, toda de arriba! “...*Os es necesario nacer de nuevo*”, lo cual significa que nosotros, como el Señor Jesús, nos convertiremos en poseedores de una naturaleza celestial.

Todo depende, entonces, de nuestro estar en Cristo. Quiero que esto se afiance en nosotros de manera sencilla y seria. Yo supongo que cada uno de nosotros está interesado en las cosas celestiales: cantamos himnos acerca del cielo, acerca de ir al cielo, del deseo de ir al cielo, del tiempo cuando estemos en el cielo. “Amo escuchar la historia”, cantamos; ya sabe, todo eso de “las cosas invisibles de arriba”.

Todos estamos interesados en las cosas de Dios, todos oímos acerca de dichas cosas, todos leemos de esas cosas; ellas surgen cerca de nosotros continuamente. Sí, está bien, pero Nicodemo vivía en ese mundo. Su vida y sus negocios tenían que ver con las cosas acerca de Dios. ¡En eso consistía toda su vida! Él, cuando se acercó a Jesús, ya era un hombre maduro, y probablemente desde su infancia había estado interesado, de manera real, en las cosas de Dios. ¡Esa era su vida! Sin embargo, el Señor Jesús le había dicho que eso no estaba bien.

Podemos pasar toda la vida en contacto con las cosas de Dios, y aun así, nunca entrar al Reino de Dios. No es suficiente para nosotros saber del cielo, del Señor Jesús y de las cosas de Dios; no es suficiente. Sería algo terrible, y sería terrible para la gran mayoría, haber oído acerca de las cosas de Dios, saber todo acerca de las cosas de Dios, haber estado en contacto cada día, de una manera u otra, con las cosas de Dios, y quedar afuera cuando lleguemos al final. ¡Terrible!, y sin embargo, va a ser la verdad para muchos.

Esta es la razón por la cual el énfasis está sobre la palabra “*necesario*”; “...*Os es necesario nacer de nuevo*”. No hay otro camino: “...*Os es necesario nacer de nuevo*”. Así que, el asunto es si estamos o no en Cristo.

Nosotros sabemos que estamos en Adán. Si tenemos alguna duda acerca de esto, no tendremos que caminar mucho para poder probarlo. Creo que la mayoría de nosotros ha probado muy bien que efectivamente estamos en Adán. Hablamos de nuestro viejo Adán, de nuestro viejo hombre, de esa naturaleza pecadora suya que es la nuestra también; la que está ahí todo el tiempo. Sabemos que estamos en Adán por los efectos del pecado adámico en nosotros. El odio, el desamor, lo desagradable, la irritabilidad, el mal carácter, el egoísmo, la crueldad, todo esto y montañas más, es Adán; es el fruto del pecado de Adán en nosotros.

Nosotros sabemos que estábamos en Adán. ¿Cómo podemos saber que estamos en Cristo? Exactamente de la misma manera. Estar en Cristo significa compartir la vida del Señor Jesús, de la misma manera que compartimos por naturaleza la vida de Adán; aquella vida pecaminosa que Adán nos pasó. Realmente tenemos la vida de Él en nosotros, y la tenemos por medio del nuevo nacimiento. Estar en Cristo es compartir Su vida.

Él nos dio una hermosa y sencilla ilustración de lo que significa compartir Su vida en Juan 15:5, “*Yo soy la vid, vosotros los pámpanos...*” La expresión “en

Cristo” o “en Mí” en todas sus formas, ocurre más veces en este capítulo de Juan que en cualquier otro capítulo de la Biblia. “*Permaneced en mí...*”, “*Si permanecéis en mí...*” Las ramas deben permanecer en la Vid; nosotros debemos permanecer en Él.

¿Cuál es la conexión? ¿Qué es lo que hace que las ramas permanezcan en la Vid? ¿Cuál es el resultado por permanecer en la Vid? ¿Qué es lo que hace a la Vid y a las ramas uno? La única vida que corre a través de toda ella; es sólo una vida. Si esa vida fuera cortada de cualquier rama, dicha rama pronto caería; cesaría de estar en la Vid, cesaría de ser parte de Ella, sería algo muerto y no la podríamos llamar parte de la Vid. La vida compartida a cada parte, es la base de la unidad y del permanecer en la Vid, esto con respecto a las ramas. La vida, Su vida, la vida en el Señor Jesús, la cual Él tenía y tiene del cielo, es la base del estar en Él.

¿Cuál es el efecto de esa vida? Hay varias cosas, pero yo voy a escoger una o dos.

Romanos 6:5 dice, “*Porque si fuimos plantados juntamente con él en la semejanza de su muerte, así también lo seremos en la de su resurrección*”. Y Pablo dice con respecto a esa semejanza de Su resurrección, de ser plantados con Él, que “*...así también andaremos en novedad de vida*” (Romanos 6:4). Esto es novedad de vida en Cristo, y si usted quiere saber si está en Cristo o no, aquí hay algo por medio de lo cual puede probarlo. ¿Sabe usted que es la novedad de vida?

La novedad de vida es algo maravilloso. Yo creo que el rasgo y la característica particular de esta vida es su novedad, que es maravillosa y sorprendente.

¿Ha visto usted alguna vez a los corderitos jugar? Ahí están ellos brincando, jugando toda clase de juegos imaginarios, saltando sobre vallas imaginarias. Están las madres pastando y avanzando silenciosa y gradualmente, y están los corderitos brincado, retozando y casi girando en saltos mortales. ¡Novedad de vida! Esa vida se deriva de la madre adulta, aunque no la veamos en ella; sin embargo, sería maravilloso ver a una oveja madre haciendo lo que hacen los corderitos. Ella tiene vida, la misma vida que ha sido impartida al pequeño. ¡Es sencillamente maravilloso lo que hace la novedad de vida!

¿No han tratado los padres alguna vez, cuando andan de buen humor, de imitar a sus pequeños por lo menos media hora? Quedan exhaustos en tres o cuatro minutos; no lo resisten. ¡Novedad de vida!

La novedad de vida es algo maravilloso; es fresca, es energía, es actividad, es alegre irresponsabilidad; sólo novedad de vida. ¿No es esta la experiencia de todo nacido de arriba? ¿No se sintió usted así cuando nació de arriba? ¿No es esto exactamente igual a como usted se ha sentido en cada nueva crisis de la vida espiritual, cuando algo más del Señor ha venido a ser real para usted?

Yo recuerdo bastante bien cuando el verdadero acuerdo tomó lugar entre el Señor y yo. Recuerdo la novedad de vida, esta vino de adentro. Los “aleluyas” que salían de mis labios no eran artificiales. La cantidad de reuniones al aire libre en las que hablé, nunca fueron para mí una tarea difícil que emprender. No; había novedad de vida y yo tenía que hablar de ella; yo tenía que sacarla de una manera u otra. ¡Si no lo hacía, sentía que iba a explotar! Era la novedad de vida.

Es muy simple, pero muy real, y la mencioné para probar la situación de: “... *Os es necesario nacer de nuevo*”. ¿Sabe usted algo acerca de esta verdadera novedad de vida? Eso es lo que significa estar en Cristo para comenzar.

No significa, por supuesto, que es sólo para comenzar. Conforme avanzamos en Él, en cada momento nuevo de comunión con Él, puede haber y hay, una nueva experiencia de esa novedad de vida. Algún acto nuevo de obediencia, algún paso nuevo en el cumplimiento de Su voluntad, algún nuevo incremento en el conocimiento de Él; una nueva vida. ¡Es sencillamente maravillosa! Es descubrir lo que tenemos en Cristo. Creo que debemos comprender algo aquí; si bien es cierto, la manifestación externa de esta vida puede no ser siempre la misma hasta el final, esta vida diferente y nueva tiene que ser una realidad para nosotros hasta el final.

He oído a muchas personas preguntarle al Señor, si Él podría traerles de regreso sus primeras experiencias. Parecen pensar, que dado que no son como en el principio (corderitos saltarines con algo de experiencia) han perdido algo; entonces cantan: “Dónde está la dicha que conocí cuando por primera vez vi al Señor”. No necesariamente han perdido algo. Miremos la oveja madre, que aunque no está brincando, danzando y dando vueltas sobre sí misma, tiene vida; tiene tanta vida como el cordero. Es más, me aventuro a decir que tiene más vida. Pongamos a ambos en una tormenta solos y veamos

cual brega más tiempo con la tormenta. El cordero no durará tanto como la madre. La vida ha profundizado en ella, y ha venido a ser más fuerte y más madura, aunque sigue siendo la misma vida. La vida ahí va a probarse en otras maneras. A todos nos gustan los corderitos; todos queremos la energía de los corderitos. A todos nos gustan los árboles floreados en primavera. A todos nos gustan los arroyos burbujeantes en la ladera de una montaña o correr por un valle. Pero, cuando las flores han caído del árbol, puede que pensemos que la vida se ha ido también; ¿verdad? No obstante, si nos esperamos un tiempito, veremos brotar algunos frutos en el lugar donde estuvieron las flores antes. Es la misma vida, la que no hace mucho mostró, ahora un poco más valiosa, un poco más útil. Si nosotros siguiéramos al arroyo lo suficiente, veríamos que se ensancha en un riachuelo y luego en un río; y pronto en medio de la gran ciudad, veríamos barcos cargueros navegando en él. Es el mismo arroyo, pero ha llegado a ser más maduro. Es la misma vida, pero mucho más útil ahora.

No estoy diciendo algo despectivo con respecto a los cristianos jóvenes, sino ilustrar mi punto. Esta vida es algo muy real, y aunque desde el principio tiene estas marcas de frescura y novedad, tiene que permanecer toda la jornada como aquello que ha salido de Dios y sobrelleva su testimonio en diferentes formas. Debemos continuar en las tormentas y tempestades, como en los tempranos días de brillo, sol, alegría y felicidad del nuevo nacimiento; mostrando dicha vida por medio de resistencia y sufrimiento, siendo fructífera y útil para otros. Es la única vida, es una nueva vida; es por completo, una nueva vida.

¿Ha pasado usted por la primera etapa de esto? Si no, ¡oh!; entonces esta palabra, es una palabra muy importante. El cielo está cerrado para usted; no importa cuánto piense usted en el cielo, lo anhele o cante acerca de él: “...*Os es necesario nacer de nuevo*”. Si usted ya lo hizo, su experiencia es común a la de todos aquellos que han nacido de nuevo; conocerá esa novedad de vida. La que burbujea sencillamente en gozo, maravilloso gozo, y se manifiesta a sí misma. Sólo un cordero medio muerto no muestra esa actividad y energía, y no brinca.

Seamos pacientes con esta sencilla palabra, permitamos que se arraigue en nuestros corazones y ponga a prueba nuestra posición. ¿Conoce usted la novedad de vida? Entonces sabe cuán a menudo se le llama “vida eterna” en la Palabra de Dios. El Señor Jesús dijo: “*Mis ovejas oyen mi voz, y yo las conozco, y me siguen, y yo les doy vida eterna; y no perecerán jamás, ni*

nadie las arrebatará de mi mano” (Juan 10:27- 28). Esta vida es vida eterna; no tiene principio, no es algo del tiempo (ese era el primer Adán). El postrer Adán, sale de la eternidad y pasa por el tiempo rumbo a la eternidad; hacia la vida sin tiempo. Esa es la vida que el Señor nos da a fin de que no seamos más hijos del tiempo. Sin embargo, pasamos por esta vida, y aunque este cuerpo que usamos aquí por estar en el tiempo puede que sea puesto en la tumba, recibimos otro cuerpo que es inmortal y gobernado por la vida eterna; nosotros estamos vivos para siempre. “...Os es necesario nacer de nuevo”, de arriba; tener esa vida.

Otra cosa acerca de esta vida, una cosa que debe ser de gran ayuda para nosotros en tanto la recordamos, aunque tal vez la conocemos muy bien, es el maravilloso poder sustentador de la vida del Señor Jesús. Algo muy importante acerca de esto se dice en Juan 6:26, 27, “...*me buscadis... porque comisteis el pan y os saciasteis. Trabajad, no por la comida que perece, sino por la comida que a vida eterna permanece...*” Si leemos este capítulo, veremos que no muy adelante surge la pregunta acerca de los israelitas en el desierto. Los hombres le preguntaron al Señor Jesús sobre cuál señal les daría Él, remitiéndolo a la señal del maná en el desierto. Para ellos éste fue una señal, un milagro. “¿Qué clase de milagro muestras como señal de que vienes de Dios?” Entonces el Señor los remite al pan de vida.

Les dice que Él es el pan de vida. El asunto es el siguiente: hay decenas de miles de personas en el desierto por cuarenta años. Sabemos muy bien que no podemos hacer crecer algo en el desierto. Sabemos muy bien que es imposible tener almacenes en el desierto para miles de personas. Sabemos que esas personas no llevaron al desierto comida para sostenerlos por más de un día, a lo sumo; no tenían pan para todo ese tiempo. El hecho es que nunca pasaron hambre; no se debilitaron ni se demacraron por querer comida. Se mantuvieron fuertes, bien, sustentados, apoyados y capaces de seguir todos esos años porque Dios le mandó comida del cielo.

Ahora, el Señor Jesús dice acerca de la vida que Él da en Sí mismo, la vida que es Él, que así es como funciona. Puede que estemos en lo que parece un desierto; no hay comida espiritual, nada para mantener nuestra nueva vida andando, nada para mantenernos operando como cristianos aquí; todo está contra nosotros, como en un desierto. Nada en este mundo ayudará nuestra vida espiritual, nada nos ayudará a seguir como cristianos; este mundo es de inanición para los cristianos. No hay nada de lo que se puedan alimentar o usar para vivir.

Es asombroso, que aunque estamos en un mundo en el que no hay nada que nos fortalezca, o haga crecer, o nos capacite para continuar como hijos del Señor, seguimos adelante, aun en medio de todas las dificultades y adversidades. Este es el milagro de Su vida en nosotros; el poder sustentador que nos mantiene andando. ¡Es maravilloso recordarlo en días como estos!

Nosotros sabemos que en algunas partes del mundo los hijos del Señor están siendo dispersados por todos lados; en China, por ejemplo, las reuniones son interrumpidas; no más reuniones, no más comunidad cristiana. Nada es para ayudar; todo es para poner obstáculos y hacer las cosas más difíciles. ¿Cómo vamos a tener alguna esperanza de que ellos sobrevivan a todo eso? Está aquí; esto no depende del todo de las condiciones externas, es la vida que está en ellos, es la vida del Señor Jesús.

Esto es fundamental, y estar en Cristo significa justamente eso; significa conocer Su poder dentro de nosotros guardándonos cuando no hay nada afuera que nos ayude. Eso es estar en Cristo; es muy simple. La conexión es la vida, la vida que nos mantiene andando cuando no hay nada más que nos ayude y todo está en nuestra contra.

Entonces, si yo tuviera que añadir algo más, diría que regresáramos a Juan 15: la productividad de esa vida. “...*el que permanece en mí, y yo en él, éste lleva mucho fruto*” (Juan 15:5). La vida del Señor Jesús en nosotros es una vida fructífera. “*Por sus frutos los conoceréis*” (Mateo 7:16).

¿Qué son los frutos? Bueno, el Apóstol lo puso así: “*Mas el fruto del Espíritu es amor...*” (Gálatas 5:22). Luego desmenuza y explica lo que el quiere decir con amor, gozo, paz, paciencia, benignidad, bondad, fe, mansedumbre, templanza. El fruto del Espíritu, el fruto de Su vida es amor. Esto significa todo. Sí, gozo y paz. ¿Tenemos Su amor? ¿Es Su amor manifestado? ¿Es su gozo manifestado? ¿Es su paz manifestada? ¿Están estos frutos creciendo en nosotros y siendo mostrados en nosotros? Eso es lo que significa estar en Cristo.

Todo eso es muy simple, pero tengo que mencionarlo porque siento que nos ayuda a probarnos en forma completa.

Novedad de vida, el poder sustentador de Su vida en la adversidad; la productividad de Su vida en amor y todo lo que eso significa.

“...Os es necesario nacer de nuevo”. ¡Quiera Dios darnos la seguridad acerca de este asunto!